**III
LAS PISADAS MISTERIOSAS chesterton**

            Si alguna vez, lector, te encuentras con un individuo de aquel selectísimo «Club de Los Doce Pescadores Legítimos», cuando se dirigen al «Vernon Hotel" a la comida anual reglamentaria, advertirás, en cuanto se despoje del gabán, que su traje de noche es verde y no negro. Si -suponiendo que tengas la inmensa audacia de dirigirte a él- le preguntas el porqué, contestará probablemente que !o hace para que no le confundan con un camarero, y tú te retirarás desconcertado. Pero te habrás dejado atrás un misterio todavía no resuelto y una historia digna de contarse.

            Si -para seguir en esta vena de conjeturas improbables- te encuentras con un curita muy suave y muy activo, llamado el padre Brown, y le interrogas sobre lo que él considera como la mayor suerte que ha tenido en su vida, tal vez te conteste que su mejor aventura fue la del «Vernon Hotel», donde logró evitar un crimen y acaso salvar un alma, gracias al sencillo hecho de haber escuchado unos pasos por un pasillo. Está un poco orgulloso de la perspicacia que entonces demostró, y no dejará de referirte el caso. Pero como es de todo punto inverosímil que logres levantarte tanto en la escala social para encontrare con algún individuo de «Los Doce Pescadores legítimos", o que te rebajes lo bastante entre los viles y criminales para que el padre Brown dé contigo, me temo que nunca conozcas la historia, . menos que la oigas de mis labios.

            El «Vernon Hotel», donde celebraban sus banquetes anuales «Los Doce Pescadores Legítimos", era una de esas instituciones que sólo existen en el seno de una sociedad oligárquica, casi enloquecida de buenas maneras. Era algo de todo punto monstruoso; una empresa comercial "exclusiva". Quiere decir que no pagaba por atraer a la gente, s¡no por alejarla. En el corazón de una plutocracia los comerciantes acaban por ser bastante sutiles para sentirse más escrupulosos todavía que sus clientes. Crean positivas dificultades, a fin de que su clientela rica y aburrida gaste dinero y diplomacia en triunfar de ellos- Si hubiera en Londres un hotel elegante, donde no fueran admitidos los hombres menores de seis pies, la Sociedad organizaría dócilmente partidas de hombres de seis pies para ir a cenar al hotel. Si hubiera un restaurante caro que, por capricho de su propietario, sólo se abriera los jueves por la tarde, lleno de gente se vería los jueves por la tarde. El «Vernon Hotel» estaba en un ángulo de la plaza de Belgrado. Era un hotel pequeño y muy inconveniente. Pero sus mismas inconveniencias servían de muros protectores para una clase particular. Uno de sus inconvenientes, sobre todo, era considerado como cosa de vital importancia: el hecho de que sólo podían comer simultáneamente en aquel sitio veinticuatro personas. La única mesa grande era la célebre mesa de la terraza al aire libre, en una galería que daba sobre uno de los más exquisitos jardines del antiguo Londres. De modo que los veinticuatro asientos de aquella mesa sólo podían disfrutarse en tiempo de verano; y esto, dificultando aquel placer, le hacía más deseable. El dueño actual del hotel era un judío llamado Lever, y le sacaba al hotel casi un millón, mediante el procedimiento de hacer difícil su acceso. Cierto que esta limitación de la empresa estaba compensada con el servicio más cuidadoso. Los vinos y la cocina eran de lo mejor de Europa, y la conducta de los criados correspondía exactamente a las maneras estereotipadas de las altas clases inglesas. El amo conocía a sus criados como a los dedos de sus manos; no había más que quince en total. Era más fácil llegar a miembro del Parlamento que a camarero de aquel hotel. Todos estaban educados en el más terrible silencio y la mayor suavidad, como criados de caballeros. Y, realmente, por lo general, había un criado para cada caballero de los que allí comían.

            Y sólo allí podían consentir en comer juntos "Los Doce Pescadores Legítimos", porque eran muy exigentes en materia de comodidades privadas; y la sola idea de que los miembros de otro club comieran en la misma casa los hubiera molestado mucho. Con ocasión de sus banquetes anuales, los «Pescadores» tenían la costumbre de exponer sus tesoros como si estuvieran en su casa, y especialmente el famoso juego de cuchillos y tenedores de pescado, que era, por decirlo así, la insignia de !a Sociedad, y en el cual cada pieza había sido labrada en plata bajo la forma de pez, y tenía en el puño una gran perla. Este juego se reservaba siempre para el plato de pescado, y éste era siempre el más magnífico plato de aquellos magníficos banquetes. La Sociedad observaba muchas reglas y ceremonias, pero no tenía ni historia ni objeto; por eso era tan aristocrática. No había que hacer nada para pertenecer a «Los Doce Pescadores»; pero si no se era ya persona de cierta categoría, ni esperanza de oír hablar de ellos. Hacía doce años que la Sociedad existía. Presidente, Mr. Audley; vicepresidente, el duque de Chester.

            Si he logrado describir el ambiente de este extraordinario hotel, el lector experimentará un legítimo asombro al verme tan bien enterado de cosa tan inaccesible, y mucho más se preguntará cómo una persona tan ordinaria cual lo es mi amigo, el padre Brown, pudo tener acceso a aquel dorado paraíso. Pero en lo que a estos puntos se refiere, mi historia resulta sencilla y hasta vulgar. Hay en el mundo un agitador y demagogo, ya muy viejo, que se desliza hasta los más refinados interiores, contándoles a todos los hombres que son hermanos; y dondequiera que va este revelador montado en su pálido bridón, el padre Brown tiene por oficio seguirle. Uno de los criados, un. italiano, sufrió una tarde un ataque de parálisis, y el amo, judío, aunque maravillado de tales supersticiones, consintió en mandar traer a un sacerdote católico. Lo que el camarero confesó al padre Brown no nos concierne, por el sencillísimo hecho de que el sacerdote se lo ha calado; pero, según parece, aquello le obligó a escribir cierta declaración para comunicar cierto mensaje o enderezar algún entuerto. El padre Brown, en consecuencia, con un impudor humilde, como el que hubiera mostrado en el palacio de Buckingham, pidió que se le proporcionara un cuarto  y recado de escribir. Mr. Lever sintió como si le partieran en dos. Era hombre amable, y tenía también esa falsificación de la amabilidad: el temor de provocar dificultades o «escenas» Por otra parte, la presencia de un extranjero en el hotel aquella noche era como un manchón sobre un objeto recién limpiado. Nunca había habido antesala o sitio de espera en el «Vernon Hotel"; nunca había tenido que aguardar nadie en el vestíbulo, puesto que los parroquianos no eran hijos de la casualidad. Había quince camareros; había doce huéspedes. Recibir aquella noche a un huésped nuevo sería tan extraordinario como encontrarse a la hora del almuerzo o del té con un nuevo hermano en la propia casa. Sin contar con que la apariencia del cura era muy de segundo orden, y su traje tenía manchas de lodo, sólo el contemplarle pudiera provocar una crisis en el club. Mr. Lever, no pudiendo borrar el mal, inventó un plan para disimularlo. Según entráis (nunca entraréis) al «Vernon Hotel», se atraviesa un pequeño pasillo decorado con algunos cuadros deslucidos, pero importantes, y se llega al vestíbulo principal, que se abre a mano derecha en unos pasillos por donde se va a los salones, y a mano izquierda en otros pasillos que llevan a las cocinas y servicios del hotel. Inmediatamente a mano izquierda se ve el ángulo de una oficina con cancela de cristal que viene a dar hasta el vestíbulo: una casa dentro de otra, por decirlo así; donde tal vez estuvo en otro tiempo el bar del hotel precedente.

            En esta oficina está instalado el representante del propietario (allí hasta donde es posible, todos se hacen representar por otros), y algo más allá, camino de la servidumbre, está el vestuario, último término del dominio de los señores. Pero entre la oficina y el vestuario hay un cuartito privado, que el propietario solía usar para asuntos importantes y delicados, como el prestarle a un duque mil libras o excusarse por no poderle facilitar medio chelín. La mejor prueba de la magnífica tolerancia de Mr. Lever consiste en haber permitido que este sagrado lugar fuera profanado durante media hora por un simple sacerdote que necesitaba garrapatear unas cosas en un papel. Sin duda, la historia que el padre Brown estaba trazando en aquel papel era mucho mejor que la nuestra; pero nunca podrá ser conocida. Me limitaré a decir que era casi tan larga como la nuestra, y que los dos o tres últimos párrafos eran los menos importantes y complicados.

            Porque fue en el instante en que llegaba a estas últimas páginas cuando el sacerdote comenzó a consentir cierta errabundez a sus pensamientos, y permitió a sus sentidos animales, muy agudos  por lo general, que despertaran. Oscurecía; llegaba la hora de la cena; aquel olvidado cuartito se iba quedando sin luz, y tal vez la oscuridad creciente, como a menudo sucede, afinó los oídos del sacerdote. Cuando el padre Brown redactaba la última y menos importante parte de su documento, se dio cuenta de que estaba escribiendo al compás de un ruidito rítmico que venía del exterior, así como a veces piensa uno a tono con el ruido de un tren. Al darse cuenta de esto, comprendió también de qué se trataba: no era más que el ruido ordinario de los pasos, cosa nada extraña en un hotel. Sin embargo, conforme crecía la oscuridad se aplicaba con mayor ahínco a escuchar el ruido. Tras de haberlo oído algunos segundos como en sueños, se puso de pie y comenzó a oírlo de intento, inclinando un poco la cabeza. Después se sentó otra vez y hundió la cara entre las manos, no sólo para escuchar, sino para escuchar y pensar.

            El ruido de las pasos era el ruido propio de un hotel; con todo, en el conjunto del fenómeno había algo extraño. Más pasos que aquéllos no se oían. La casa era de ordinario muy silenciosa, porque los pocos huéspedes habituales se recogían a la misma hora, y los bien educados servidores tenían orden de ser imperceptibles mientras no se les necesitase. No había sitio en que fuera más difícil sorprender la menor irregularidad. Pero aquellos pasos eran tan extraños, que no sabia uno si llamarlos regulares o irregulares. El padre Brown se puso a seguirlos con sus dedos sobre la mesa, como el que trata de aprender una melodía en el piano.

            Primero se oyó un ruido de pasitos apresurados: diríase un hombre de peso ligero en un concurso de paso rápido. De pronto, los pasos se detuvieron, y recomenzaron lentos y vacilantes; este nuevo paso duró casi tanto como el anterior, aunque era cuatro veces más lento. Cuando éste cesó, volvió aquella ola ligera y presurosa, y luego otra vez el golpe del andar pesado. Era indudable que se trataba de un solo par de botas, tanto porque -como ya hemos dicho- no se oía otro andar, como por cierto rechinido inconfundible que a éste le acompañaba. El padre Brown tenía un espíritu que no podía menos de proponerse interrogaciones; y ante aquel problema aparentemente trivial, se puso inquietísimo. Había visto hombres que corrieran para dar un salto, y hombres que corrieran para deslizarse. Pero ¿era posible que un hombre corriera para andar, o bien que anduviera para correr? Sin embargo, aquel invisible par de piernas no parecía hacer otra cosa. Aquel hombre, o corría medio pasillo para andar después el otro medio, o andaba medio pasillo para darse después el gusto de correr el otro medio. En uno u otro caso, aquello era absurdo. Y el espíritu del padre Brown se oscurecía más y más, como su cuarto.

            Poco a poco la oscuridad de la celda pareció aclarar sus pensamientos. Y le pareció ver aquellos fantásticos pies haciendo cabriolas por el pasillo en actitudes simbólicas y no naturales. ¿Se trataba acaso de una danza religioso-pagana? ¿O era alguna nueva especie de ejercicio científico? El padre Brown se preguntaba a qué ideas podían exactamente corresponder aquellos pasos. Consideró primero el compás lento: aquello no correspondía al andar del propietario. Los hombres de su especie, o andan con rápida decisión o no se mueven. Tampoco podía ser el andar de un criado o mensajero que esperara órdenes; no sonaba a eso. En una oligarquía, las personas subordinadas suelen bambolearse cuando están algo ebrias, pero generalmente, y sobre todo en sitios tan imponentes como aquél, o se están quietas o adoptan una marcha forzada. Aquel andar pesado , sin embargo, elástico, que parecía lleno de descuido y de énfasis no muy ruidoso, pero tampoco cuidadoso de no hacer ruido, sólo podía pertenecer a un animal en la tierra. Era el andar de un caballero de la Europa occidental, y tal vez de un caballero que nunca había tenido que trabajar.

            Al llegar el padre Brown a esta certidumbre, el paso menudito volvió, y corrió frente a la puerta con la rapidez de una rata. Y el padre Brown advirtió que este andar, mucho más ligero que el otro, era también menos ruidoso, como si ahora el hombre anduviera de puntillas. Sin embargo, no sugería la idea del secreto, sino de otra cosa -de otra cosa que Brown no acertaba a recordar-. Y luchaba en uno de esos estados de semirrecuerdo que le hacen a uno sentirse semiperspicaz. En alguna otra parte había él oído ese andar menudo. Y de pronto volvió a levantarse poseído de una nueva idea, y se aproximó a la puerta. Su cuarto no daba directamente al pasillo, sino, por un lado, a la oficina de las vidrieras, y por otro al vestuario. Intentó abrir la puerta de la oficina; estaba cerrada con llave. Se volvió a la ventana, que no era a aquella hora más que un cuadro de vidrio lleno de niebla rojiza al último destello solar; y por un instante le pareció oler la posibilidad de un delito, como el perro  huele las ratas.

            Su parte racional. -fuere o no la mejor-: acabó por imponerse en él. Recordó que el propietario le había dicho que cerraría la puerta con llave y después volvería a sacarle de allí. Y se dijo que aquellos excéntricos ruidos bien pudieran tener mil explicaciones que a él no se le habían ocurrido; y se dijo, además, qué apenas le quedaba luz para acabar su tarea. Se acercó a la ventana para aprovechar las últimas claridades de la tarde, y se entregó por entero a la redacción de su Memoria. Al cabo de unos veinte minutos, durante los cuales fue teniendo que acercarse cada vez más el papel para poder distinguir las letras, suspendió de nuevo la escritura; otra vez se oían aquellos inexplicables pies.

            Ahora había en los pasos una tercera singularidad. Antes parecía que el desconocido andaba, a veces despacio y a veces muy de prisa, pero andaba. Ahora era indudable que corría. Ahora se oían claramente los saltos de la carrera a lo largo del pasillo, como los de una veloz pantera. El que pasaba parecía ser un hombre agitado y presuroso. Pero cuando desapareció como una ráfaga hacia la región en que estaba la oficina, volvió otra vez el andar lento y vacilante.

            El padre Brown arrojó los papeles, y, sabiendo ya que la puerta de la oficina estaba cerrada, se dirigió a la del vestuario. El criado estaba ausente por casualidad, tal vez porque los únicos huéspedes de la casa estaban cenando, y su oficio era una sinecura. Tras de andar a tientas por entre un bosque de gabanes, se encontró con que el pequeño vestuario paraba, sobre el iluminado pasillo, en un mostrador de esos que hay en los sitios donde suele uno dejar sus paraguas o sombrillas a cambio de fichas numeradas. Sobre el arco semicircular de esta salida venía a quedar uno de los focos del pasillo. Pero apenas podía alumbrar la cara del padre Brown, que sólo se distinguía como un bulto oscuro contra la nebulosa ventana de Poniente, a sus espaldas. En cambio, el foco iluminaba teatralmente al hombre e andaba por el pasillo.

            Era un hombre elegante vestido de frac; aunque alto, no parecía ocupar mucho espacio. Sería que podía escurrirse como una sombra por ende muchos hombres más pequeños no hubieran podido pasar. Su cara, iluminada a plena luz, era morena y viva. Parecía extranjero. De buena esencia, era atractivo e inspiraba confianza. El crítico sólo hubiera dicho de él que aquel traje negro era una sombra que oscurecía su cara y su aspecto, y que le hacía unos bultos y bolsas desagradables. Al ver la silueta negra de Brown, sacó un billete con un número, y dijo con amable autoridad:

            -Déme mi sombrero y mi gabán; tengo que salir al instante.

            El padre Brown, sin chistar, tomó el billete y fue a buscar el gabán; no era la primera vez que hacía de criado. Trajo lo que le pedían, y lo puso sobre el mostrador. El caballero, que había estado buscando en el bolsillo del chaleco, dijo  riendo:

            -No encuentro nada de plata; tome usted esto.

            Y le dio media libra esterlina, y tomó su sombrero y su gabán.

            La cara del padre Brown permaneció impávida, pero él perdió la cabeza. Siempre el padre Brown valía más cuando perdía la cabeza. En tales momentos sumaba dos y dos, y sacaba un tal de cuatro millones. Esto, la Iglesia católica, que está prendada del sentido común, no siempre lo aprueba. Tampoco lo aprobaba siempre el padre Brown. Pero ello era cosa de inspiración, muy importante en las horas críticas, horas en que lo salvará su cabeza el que la haya perdido.

            -Me parece, señor -dijo con mucha cortesía—, que ha de llevar usted plata en los bolsillos. -¡Hombre! -exclamó el caballero-. Si yo prefiero darle a usted oro, ¿de qué se queja?

             -Porque la plata es, a veces, más valiosa que el oro -dijo el sacerdote-. Quiero decir, en grandes cantidades.

            El desconocido le miró con curiosidad; después miró todavía con más curiosidad hacia la entrada del pasillo. Después contempló otra vez a Brown, y muy atentamente consideró la ventana que estaba a espaldas de éste, todavía coloreada en el crepúsculo de la tarde lluviosa. Y luego, con súbita resolución, puso una mano en el mostrador, saltó sobre él con la agilidad de un acróbata, y se irguió ante el sacerdote, poniéndole en el cuello la poderosa garra.

            -¡Quieto! -le dijo con un resoplido-. No quiero amenazarle a usted, pero...

            -Pero yo sí quiero amenazarle a usted -dijo el padre Brown, con voz que parecía un redoble de tambor-. Yo quiero amenazarle a usted con los calores eternos y con el fuego que no se extingue.

            -Es usted -dijo el caballero- un extraño bicho de vestuario.

            -Soy un sacerdote, Monsieur Flambeau -dijo Brown-, y estoy dispuesto a escuchar su confesión.

            El otro se quedó un instante desconcertado, y luego se dejó caer en una silla.

            Los dos primeros servicios habían transcurrido en medio de un éxito placentero. No poseo copia del menú de «Los Doce Pescadores Legítimos», pero si la poseyera, no aprovecharía a nadie; porque el menú estaba escrito en una especie de superfrancés de cocinero, completamente ininteligible para los franceses. Una de las tradiciones del club era la abundancia y variedad abrumadora de los hors d'oeuvres. Se los tomaba muy en serio, por lo mismo que son números extras inútiles, como aquellos mismos banquetes y como el mismo club. También era tradicional que la sopa fuera ligera y de pocas pretensiones: algo como una vigilia austera y sencilla, en previsión del festín de pescado que venía después. La conversación era esa conversación extraña, trivial, que gobierna al Imperio británico -que le gobierna en secreto-, y que, sin embargo, resultaría poco ilustrativa para cualquier inglés ordinario, suponiendo que tuviera el privilegio de oírla. A los ministros del Gabinete se les aludía por su nombre de pila, con cierto aire de benignidad y aburrimiento. Al canciller real del Tesoro, a quien todo el partido Tory maldecía a la sazón por sus exacciones continuas, le elogiaban por los versitos que solía escribir o por la montura que usaba en las cacerías. Al jefe de los «Tories», odiado como tirano por todos los liberales, le discutían, y, finalmente, le elogiaban por su espíritu liberal. Parecía, pues, que concedieran mucha importancia a los políticos, y que todo en ellos fuera importante menos su política. Mr. Audley, el presidente, era un anciano afable que todavía gastaba cuellos a lo Gladstone: parecía un símbolo de aquella sociedad, a la vez fantasmagórica y estereotipada. Nunca había hecho nada, ni siquiera un disparate. No era derrochador, ni tampoco singularmente rico. Simplemente, estaba en el cotarro y eso bastaba. Nadie, en sociedad, lo ignoraba; y si hubiera querido figurar en el Gabinete, lo habría logrado. El duque de Chester, vicepresidente, era un joven político en marea creciente. Quiere decir que era un joven muy agradable, con una cara llena y pecosa, de inteligencia moderada, y dueño de vastas posesiones. En público, siempre tenía éxito, mediante un principio muy sencillo: cuando se le ocurría un chiste, lo soltaba, y todos opinaban que era muy brillante; cuando no se le ocurría ningún chiste, decía que no era tiempo de bromear, y todos opinaban que era muy juicioso. En lo privado, en el seno de un club de su propia clase, se conformaba con ser lo más francote y bobo, cómo un buen chico de escuela. Mr. Audley, que nunca se había metido en política, trataba de estas cosas con una seriedad relativa. A veces, hasta ponía en embarazos a la compañía, dando a entender, por algunas frases, que entre liberales y conservadores existía cierta diferencia. En cuanto a él, era conservador hasta en la vida privada. Le caía sobre la nuca una ola de cabellos grises, como a ciertos estadistas a la antigua; y visto de espaldas, parecía exactamente el hombre que necesitaba la patria. Visto de frente, parecía un solterón suave, tolerante consigo mismo, y con aposento en el «Albany», como era la verdad.

            Como ya se ha dicho, la mesa de la terraza tenía veinticuatro asientos, y el club sólo constaba de doce miembros. De modo que éstos podían instalarse muy a sus anchas, del lado interior de la mesa, sin tener enfrente a nadie que les estorbara la vista del jardín, cuyos colores eran todavía perceptibles, aunque ya la noche se anunciaba, y algo tétrica, por cierto, para lo que hubiera sido propio de la estación. En el centro de la línea estaba el presidente, y el vicepresidente en el extremo derecho. Cuando los doce individuos se dirigían a sus asientos, era costumbre (quién sabe por cuáles razones) que los quince camareros se alinearan en la pared como tropa que presenta armas al rey, mientras que el obeso propietario se inclinaba ante los huéspedes, fingiéndose muy sorprendido por su llegada, como si nunca hubiera oído hablar de ellos. Pero, antes de que se oyera el primer tintineo de los cubiertos, el ejército de criados desaparecía, y sólo quedaban uno o dos, los indispensables para distribuir los platos con toda rapidez, y en medio de un silencio mortal. Mr. Lever, el propietario, desaparecía también entre zalemas y convulsiones de cortesía. Sería exagerado, y hasta irreverente, decir que volvía a dejarse ver de sus huéspedes. Pero a la hora del plato de solemnidad, del plato de pescado, se sentía algo -¿cómo decirlo?-, se sentía en el ambiente una vívida sombra, una proyección de su personalidad, que anunciaba que el propietario andaba rondando por allí cerca. A los ojos del vulgo aquel sagrado plato no era más que una especie de monstruoso pudín, de aspecto y proporciones de un pastel de boda, donde considerable número de interesantísimos peces habían venido a perder la forma que Dios les dio. «Los Doce Pescadores Legítimos» empuñaban sus famosos cuchillos y tenedores, y atacaban el manjar tan cuidadosamente cual si cada partícula del pudín costara tanto como los mismos cubiertos con que se comía. Y, en efecto, creo que costaba tanto. Y el servicio de honor transcurría en el más profundo silencio de la devoración. Sólo cuando su plato estaba ya casi vacío, el joven duque hizo la observación de ritual:

            -Sólo aquí saben hacer esto, no en todas partes.

            -En ninguna parte -contestó Mr. Audley en voz de bajo profundo, volviéndose hacia el duque y agitando con convicción su venerable cabeza-. En ninguna parte; sólo aquí. Me habían dicho que en el café «Anglais»...

            Aquí fue interrumpido un instante por el criado que le cambiaba el plato, pero resumió el hilo preciso de su pensamiento:

            -...Me habían dicho que en el café «Anglais» lo hacían lo mismo. Y nada, señor mío -añadió, sacudiendo la cabeza como un pelele-. Es cosa muy diferente.

            -Sitio elogiado más de lo justo -observó un tal coronel Pound, a quien por primera vez oía hablar su interlocutor desde hacía varios meses.

            -No sé, no sé -dijo el duque de Chester, que era un optimista-. Yo creo que es una cocina buena para algunas cosas. No es posible superarla, por ejemplo, en...

            Un criado llegó en este instante, escurriéndose presuroso junto a la pared, y después se quedó inmóvil. Y todo con el mayor silencio. Pero aquellos caballeros vagos y amables estaban tan hechos a que la invisible maquinaria que rodeaba y sostenía sus vidas funcionara con absoluta suavidad, que aquel acto inesperado los sobresaltó como un chirrido. Y sintieron lo que tú y yo, lector, sentiríamos, si nos desobedeciera el mundo inanimado: si, por ejemplo, se echara a correr una silla. El camarero se quedó inmóvil unos segundos, y en todas las caras apareció una expresión inexplicable de rubor, que es producto característico de nuestro tiempo: un sentimiento en que se combinan las nociones del humanismo moderno con la idea del enorme abismo que separa al rico del pobre. Un aristócrata genuino le hubiera tirado algo a la cabeza al triste camarero, comenzando por las botellas vacías y acabando probablemente por algunas monedas. Un demócrata genuino le hubiera preguntado al instante, con una claridad llena de crudo compañerismo, qué diablos se le había perdido por allí. Pero estos plutócratas modernos no sabían tratar al pobre, ni como se trata al esclavo, ni como se trata al amigo. De modo que una equivocación de la servidumbre los sumergía en un profundo y bochornoso embarazo. No querían ser brutales, y temían verse en el caso de ser benévolos. Y todos, interiormente, desearon que «aquello» desapareciera. Y «aquello» desapareció. El camarero, tras de quedarse unos instantes más rígido que un cataléptico, dio media vuelta y salió escapado.

            Cuando reapareció en la galería, o más bien en la puerta, venía acompañado de otro, con quien secreteaba algo, gesticulando con animación meridional. Después, el primer camarero se fue, dejando en la puerta al segundo, y a poco reapareció acompañado de un tercero. Y cuando, un instante después, un cuarto camarero se aproximó al sínodo, Mr. Audley creyó conveniente, en interés del tacto, romper el silencio. A guisa de mazo presidencial usó de una tos estrepitosa, y dijo:

            -Es espléndido lo que hace en Birmania el joven Moocher. No hay otra nación en el mundo que pueda...

            Un quinto camarero vino hacia él como una saeta, y le susurró al oído:

            -¡Un asunto muy urgente! ¡Muy importante¡ ¿Puede el propietario hablar con el señor?

            El presidente se volvió muy desconcertado, y con ojos de pánico vio que venía hacia él Mr. Lever con aquella su difícil presteza. Aunque éste era su paso habitual, su cara estaba muy alterada: generalmente su cara era de cobre oscuro, y ahora parecía de un amarillo enfermizo.

            -Dispénseme usted, Mr. Audley -dijo con fatiga de asmático-. Estoy muy asustado. En los platos de pescado de los señores, ¿se fueron también los cubiertos?

            -Sí, naturalmente -contestó el presidente con cierto calor.

            -¿Y lo vieron ustedes? jadeó el amo, espantado-. ¿Vieron ustedes al criado que se los llevó? ¿Le conocen ustedes?

            -¿Conocer al camarero? -contestó indignado Mr. Audley-. No por cierto.

            Mr. Lever abrió los brazos con ademán agónico:

            -No lo mandé yo -exclamó-. No sé de dónde ni cómo vino. Cuando yo mandé a mi camarero a recoger el servicio, se encontró con que ya lo había recogido alguien antes.

            Mr. Audley tenía un aire demasiado azorado para ser el hombre que le estaba haciendo falta a la patria. Nadie pudo articular una palabra, excepto el hombre de palo, el coronel Pound, que parecía galvanizado en una actitud artificial. Se levantó rígido, mientras los demás permanecían sentados, se afianzó el monóculo, y habló así, en un tono enronquecido como si se le hubiera olvidado hablar:

            -¿Quiere usted decir que alguien ha robado nuestro servicio de plata?

            El propietario repitió el ademán de los brazos, todavía con más desesperación, y de un salto todos se pusieron en pie.

            -¿Están presentes todos sus criados? -preguntó el coronel con su voz dura y fuerte.

            -Sí, aquí están todos. Yo lo he advertido -dijo el joven duque adelantando la cara hacia el interior del coro-. Yo los cuento siempre al llegar, cuando están ahí formados a la pared.

            -Con todo, no es fácil que uno se acuerde exactamente... -comenzó Mr. Audley.

            -Sí, me acuerdo exactamente gritó el duque-. Nunca ha habido aquí más de quince camareros, y los quince estaban hoy aquí, puedo jurarlo: ni uno más, ni uno menos.

            El propietario se volvió a él con un espasmo de sorpresa, y tartamudeó:

            -¿Dice usted..., dice usted que vio usted a mis quince camareros?

            -Como de costumbre -asintió el duque-. ¿Qué tiene eso de extraño?

            -Nada -dijo Lever con un profundo acento-, sino que es imposible: porque uno de ellos ha muerto hoy mismo en el piso alto.

            ¡Espantoso silencio! Es tan sobrenatural la palabra «muerte», que muy fácil es que todos aquellos ociosos caballeros consideraran su alma por un instante, y su alma les apareciera más miserable que un guisante marchito. Uno de ellos (tal vez el duque) hasta dijo, con la estúpida amabilidad de la riqueza:

            -¿Podemos hacer algo por él?

            Y el judío, a quien estas palabras conmovieron, contestó:

            -Le ha auxiliado un sacerdote.

            Y entonces, como al tañido de la trompeta del Juicio, se dieron todos cuenta de su verdadera situación. Por algunos segundos no habían podido menos de sentir que el camarero número quince era el espectro del muerto, que había venido a sustituirle. Y aquel sentimiento los ahogaba, porque los espectros eran para ellos tan incómodos como los mendigos. Pero el recuerdo de la plata rompió el sortilegio brutalmente, volviendo a todos a la realidad. El coronel arrojó su silla y se encaminó hacia la puerta.

            -Amigos míos -dijo-, si hay un camarero número quince, ése es el ladrón. Todo el mundo a las puertas para impedir la salida, y después se hará otra cosa. Las veinticuatro perlas del club valen la pena de molestarse un poco.

            Mr. Audley vaciló, pensando si sería propio de caballeros el darse prisa, aun en semejante circunstancia; pero al ver que el duque se lanzaba a la escalera con juvenil ardor, le siguió, aunque con ímpetu más arreglado a sus años.

            En este instante, un sexto camarero entró a decir que acababa de encontrar la pila de platos en un aparador, pero sin la menor huella de los  cubiertos.

            La multitud de huéspedes y criados, desbordada sin concierto por los pasillos, se dividió en dos grupos. Los más de los Pescadores siguieron al propietario a la puerta del frente, para averiguar si alguien había salido. El coronel Pound, con el presidente y vicepresidente y uno o dos más, se dirigieron al corredor, rumbo a los cuartos del servicio; por parecerles un camino más probable para la fuga. Y al pasar junto a la salita o caverna que servía de vestuario, vieron una figura de hombre pequeño, vestido de negro -un criado al parecer-, que estaba perdida en la sombra.

            -¡Hola! ¡Aquí! -llamó el duque-. ¿Ha visto usted pasar a alguien?

            El hombrecito no contestó directamente, pero dijo:

            -Caballeros: tal vez he encontrado ya lo que ustedes buscan.

            Se detuvieron todos, asombrados y dudosos, y el hombrecito se dirigió tranquilamente al interior del vestuario, y volvió de allí con las manos llenas de reluciente argentería, que depositó sobre el mostrador con la calma de un comerciante en plata. Y entonces se vio que aquella plata era una docena de pares de cubiertos de elegantísima forma.

            -Usted..., usted... -balbuceó el coronel, perdido por primera vez el aplomo. Y se asomó al cuartito para observar mejor, y pudo descubrir dos cosas: la primera, que el hombrecillo vestido de negro llevaba un traje clerical; y la segunda, que la vidriera del fondo estaba rota, como si alguien hubiera escapado por ella.

            -Cosas de mucho valor para depositarlas en un vestuario, ¿no es verdad? -observó el sacerdote con plácido comedimiento.

            -¿Usted..., usted robó esto? -tartamudeó Mr. Audley con ojos relampagueantes.

            -Si así fuera -dijo el clérigo en tono burlón-, por lo menos ya lo he devuelto.

            -Pero no fue usted... -dijo el coronel Pound, sin quitar los ojos de la vidriera rota.

            -Para hablar claro de una vez -contestó el cura, humorísticamente- no he sido yo-. Y, con afectada gravedad, se sentó en un taburete que tenía al lado.

            -En todo caso, usted sabe quién fue -advirtió el coronel.

            -Su verdadero nombre lo ignoro --continuó el otro plácidamente-; pero algo conozco de su fuerza para el combate y de sus problemas espirituales. Me formé idea de la primera cuando trató de estrangularme, y de los segundos, cuando se arrepintió.

            -¡Hombre! ¿Conque se arrepintió? -gritó el joven Chester con un alarde de risa.

            El padre Brown se puso de pie::

            -Muy extraño, ¿verdad? -dijo-. ¿Es muy raro que un vagabundo aventurero se arrepienta, cuando tantos que viven entre la seguridad y las riquezas continúan su vida frívola, estéril para Dios y para los hombres? Pero aquí, si me permite, le advertiré que invade mi provincia. Si duda usted de la verdad de la penitencia, no tiene usted más que ver esos cuchillos y tenedores. Ustedes son «Los Doce Pescadores Legítimos», y ahí tienen ya su servicio para el pescado. En cuanto a mí, a mí, Él me hizo pescador de hombres.

            -¿Ha ocultado usted a ese hombre? -preguntó el coronel arrugando el ceño.

            El padre Brown le miró a la cara abiertamente:

            -Sí -contestó-. Yo le he pescado con anzuelo invisible y con hilo que nadie ve, y que es lo bastante largo para permitirle errar por los términos del mundo, sin que por eso se liberte.

            Hubo un largo silencio. Los presentes se alejaron para llevar a sus camaradas la plata recobrada, o consultar el caso con el propietario. Pero, el coronel de la cara gesticulante se sentó en el mostrador, dejando colgar sus largas piernas mordiéndose los bigotes.

            Y, al fin, dijo con mucha calma:

            -Ese hombre ha de ser muy inteligente, pero yo creo conocer a otro que lo es más todavía. --Sí; ese hombre, es muy inteligente -contestó el cura-, pero, ¿el otro a quien usted se refiere...?

            -Es usted -dijo el coronel sonriendo-. Yo no tengo especial empeño en ver al ladrón encarcelado: haga usted con él lo que guste. Pero de buena gana daría yo muchos tenedores de plata por saber cómo logró hacer esto, y cómo logró . usted sacarle la prenda. Me está usted resultando más listo que el mismo demonio.

            El padre Brown supo saborear el candor algo saturnino del soldado.

            -Bueno le contestó sonriendo-. Yo no puedo decirle a usted todo lo que sé, por la confesión, sobre la persona y hechos de ese sujeto, pero no tengo razones para ocultarle lo que de él he descubierto por mi propia cuenta.

            Y diciendo esto, saltó con agilidad sobre el mostrador, y sentóse junto al coronel Pound, moviendo sus piernecitas como un niño. Y comenzó su historia con tanta naturalidad como si contara cuentos a un viejo amigo junto a la hoguera de Navidad.

            -Verá usted, coronel. Estaba yo encerrado en ese gabinetito, escribiendo, cuando oí unas pisadas por el corredor, tan misteriosas que parecían la danza de la muerte. Primero, unos pasitos rápidos y graciosos, como de hombre que anda de puntillas; después, unos pasos lentos, descuidados, crujientes, como de hombre que pasea fumando un cigarro. Pero ambos provenían de los mismos pies, yo lo hubiera jurado, y se alternaban: primero la carrerita, y después el paseo, y otra vez la carrerita... Me llamó la atención, y, al fin, me llenó de inquietud el hecho de que un mismo hombre diera las dos especies de pasos, El paseo no me era desconocido; era el paseo de un hombre como usted, coronel, el paseo de un caballero bien nacido que está haciendo tiempo en espera de alguna cosa, y que anda de aquí para allá, más que por impaciencia, por exuberancia física. La carrerita tampoco me era desconocida, pero no podía yo precisar qué ideas evocaba en mi espíritu. ¿A quién, a qué extraña criatura había yo encontrado en mis andanzas que corriera así, de puntillas, de aquella manera extraordinaria? Después me pareció oír un ruido de platos, y extraordinaria respuesta a mis interrogaciones me resultó tan clara como la de san Pedro: aquél era el andar presuroso de un criado, el andar con el cuerpo echado hacia delante y la mirada baja, de puntillas, la cola del frac y la servilleta flotando al aire. Medité un poco. Y creí descubrir y representarme el delito tan claramente como si yo mismo lo fuera a cometer.

            El coronel Pound le miró con desconfianza, pero los mansos ojos grises del cura contemplaban el cielo raso con la mayor inocencia.

            -Un delito -continuó lentamente- es como cualquier obra de arte. No se extrañe usted de lo que digo: los crímenes y delitos no son las únicas obras de arte que salen de los talleres infernales. Pero toda obra de arte, divina o diabólica, tiene un elemento indispensable, que es la simplicidad esencial, aun cuando el procedimiento pueda ser complicado. Así, en el Hamlet, por ejemplo,  los elementos grotescos: el sepulturero, las flores de la doncella loca, la fantástica elegancia de Osric, la lividez del espectro, el cráneo verdoso, todo ello es como un remolino de extravagancias  en torno a la sencilla figura de un hombre vestido de negro. Bien; pues aquí también -añadió dejándose resbalar suavemente del asiento y con una sonrisa-, aquí también se trata de la sencilla tragedia de un hombre vestido de negro: Sí -prosiguió ante el asombro del coronel-, sí; todo este  enredo gira en torno a un frac negro. También aquí, como en el Hamlet, hay sus excrecencias ridículas: que, en el caso, lo son usted y sus amigos. Hay un camarero muerto, que, a pesar de muerto, se presenta a servir la cena. Hay una mano invisible que limpia la argentería de la mesa y después se evapora. Pero todo delito inteligente está fundado en algún hecho simplísimo, en algún hecho no misterioso por sí mismo. Y la mixtificación ulterior no tiene más fin que encubrirlo, desviando de él los pensamientos de los hombres. Este delito sutil, generoso, y que en otras circunstancias hubiera resultado muy provechoso, estaba fundado en el hecho sencillísimo de que el frac de un caballero es igual al frac de un camarero. Y todo lo demás fue ejecución y representación, -eso sí- de lo más fino.

            -Alto -dijo el coronel, poniéndose en pie y contemplando, siempre con el ceño fruncido, sus relucientes botas-; no sé si he entendido bien.

            -Coronel -dijo el padre Brown-, le aseguro a usted que ese arcángel de impudor que le robó los cubiertos anduvo de aquí para allá por este corredor, y a plena luz, lo menos unas veinte veces y a la vista de todo el que quiso verle. No se ocultó en los rincones donde la sospecha pudo ir a buscarle, sino que anduvo paseando en los pasillos iluminados, y dondequiera que se le sor. prendiera, parecía estar por su propio derecho. No me pregunte usted cómo era. Seis o siete veces le habrá usted visto, sin duda. Usted y sus amigos estaban en el salón vestíbulo que se encuentra entre este corredor y la terraza, ¿no es eso? Pues bien; cuando nuestro hombre se acercaba a ustedes, a los caballeros, iba con la ligereza de un criado, la cabeza baja, columpiando la servilleta y con pies presurosos. Entraba a la terraza, hacía algo sobre el mantel, y volvía otra vez hacia la oficina y a las regiones de la servidumbre. Y cuando caía bajo la mirada del empleado de la oficina y de los criados, ya era otro, se había transformado en todas y cada una de las pulgadas que su cuerpo mide, y hasta en sus ademanes y gestos instintivos. Y pasaba por entre los criados con la misma insolencia divagadora que los criados están acostumbrados a ver en los amos. Para la servidumbre no es cosa nueva el que los elegantes de los banquetes se pongan a pasear por toda la casa como un animal del jardín zoológico; nada es de mejor gusto y más distinción que el pasear donde a uno le da la gana. Cuando se sentía, pues, magníficamente aburrido de pasear por aquel lado, se volvía a la otra región, y cruzaba otra vez frente a la oficina. Y al rebasar la sombra de este arco, se metamorfoseaba como por toque de magia y otra vez llegaba con su trotecito menudo adonde estaban los Pescadores, convertido en criado solicito. Naturalmente, los señores no reparaban en un criado. ¿Y qué podían sospechar los criados de aquel distinguido señor que paseaba de aquí para allá? Una o dos veces se dio el lujo de extremar su juego con la mayor serenidad: en los cuartos del propietario, por ejemplo, se asomó a pedir muy garbosamente un sifón de agua de soda, diciendo que tenía sed. Declaró, humorísticamente, que él mismo se lo llevaría, y así lo hizo en efecto: porque lo llevó al grupo de ustedes con la mayor corrección y rapidez, convertido así en verdadero criado que cumple la orden de un huésped. Claro que esto no podía durar mucho, pero no era necesario que durara más allá del servicio de pescado.

            -Su peor momento -agregó- fue cuando tuvo que alinearse junto a los demás criados al entrar los caballeros a la terraza. Pero aun entonces se las arregló para venir a quedar en el ángulo del muro, donde los criados pudieran figurarse que era uno de los caballeros, y los caballeros que era uno de los criados. Y lo demás se hizo sin la menor dificultad. Todo camarero que se encontró con él lejos de la mesa le tomó por un perezoso aristócrata. Y no tuvo más trabajo que acercarse a la mesa dos minutos antes de que acabaran de comer el pescado, transformarse en un activo camarero, y levantar los platos. Arrinconó los platos en cualquier aparador, se atiborró los bolsillos con los cubiertos, de modo que el traje le hacía unos bultos, y corrió como una liebre (yo le oí cuando se acercaba) en dirección hacia este vestuario. Aquí se transformó nuevamente en un plutócrata, en un plutócrata a quien acaban de llamar para algún asunto urgente. Y con dar su ficha al empleado del vestuario, pudo haberse escapado tan elegantemente como se había escurrido hasta aquí. Sólo que..., sólo que dio la pícara casualidad de que, en ese instante, el empleado del vestuario fuera yo.

            -¿Y qué hizo usted? -preguntó el coronel con sobreexcitado interés-, ¿qué le dijo usted?

            -Pido a usted mil perdones -dijo, imperturbable, el sacerdote-, pero en este punto acaba mi historia.

            -Y es donde empieza la historia interesante -murmuró Pound-. Porque creo haber entendido los manejos profesionales de ese sujeto; pero los de usted, francamente, no los alcanzo.

            -Tengo que marcharme -dijo el padre Brown.

            Y juntos se dirigieron, por el pasillo, al salón vestíbulo, donde se encontraron con la cara fresca y pecosa del duque de Chester, que ruidosamente venía hacia ellos.

            -Venga usted acá, Pound -gritó jadeante-. Le he buscado a usted por todas partes. La cena se ha reanudado ya a toda prisa, y el viejo Audley ha dicho un discurso en honor de la recuperación de los cubiertos. Hay que inventar alguna nueva ceremonia para conmemorar el caso; ¿no le parece a usted? ¿Qué se le ocurre a usted?

            -¡Cómo! -dijo el coronel, contemplándole  con cierta sardónica aprobación-. Pues se me ocurre que, en adelante, nos presentemos siempre aquí de frac verde, en lugar de frac negro. Porque nunca sabe uno a lo que se expone por parecerse tanto a los camareros.

            -¡Calle usted! Un caballero no se parece nunca a un criado.

            -Ni un criado a un caballero, ¿no es eso? -dijo el coronel Pound con una creciente ola de  risa-. ¿Sabe su paternidad que su amigote ha de ser todo un elegante para haber podido pasar por caballero?

            El padre Brown se abrochó el humilde gabán hasta el cuello, porque la noche era tormentosa, Y, tomó su humilde paraguas.

            -Si -dijo-. Representar de caballero ha de  ser tarea muy ardua; pero, vea usted, yo he creído a veces que es igualmente difícil hacer de criado.

            Y diciendo «buenas noches», empujó las pesadas puertas del palacio de los placeres. Las puertas de oro se cerraron tras él, y él se echó a andar a toda prisa por esas calles húmedas y oscuras, en busca del ómnibus de a penique.